

Agustín Edwards M. C.

La Cuestión de la Plata ⁽¹⁾

SEGUNDA CONFERENCIA

I. Dos palabras.—II. El romance chileno de la plata.—III. Los grandes consumidores del metal.—IV. El problema monetario contemporáneo y el rol de la plata.

I

Dos palabras



Antes de entrar a un examen sintético y rápido de las condiciones monetarias del mundo contemporáneo, echemos una mirada retrospectiva sobre nuestra propia historia como productores de plata, y examinemos en seguida, a grandes rasgos el consumo de ese metal en la industria moderna. Lo primero—nuestra historia como productores de plata—retemplará nuestro espíritu con el ejemplo de una generación que venció, con maravillosa tenacidad y energía, los más duros obstáculos para arrancarle su secreto a la montaña chilena, ya escondida entre arenas candentes,

(1) Conferencias leídas en el Teatro de la Universidad de Concepción el 22 y 23 de Junio.

ya encaramada en alturas inaccesibles, rodeada siempre del desierto con sus falanges invisibles pero formidables, que blandían el azote del hambre, la angustia de la sed, el mazo del cansancio, para cerrarles el paso y aplastarlos. Nos hará ver también que la plata ha sido, en Chile, más esquiva que el oro para entregarse, que ha tenido más influencia que el oro en la formación de nuestra patria, y que cualquier día, apenas el mundo reconozca que tiene abandonada voluntariamente una herramienta preciosa para el restablecimiento de su prosperidad, puede hacernos revivir los años realmente novelescos, de 1811 a 1870, cuando brotaban riquezas deslumbrantes del seno de Agua Amarga, de Arqueros, de Chañarillo, de Tres Puntas, de Lomas Bayas, de Buena Esperanza y de Caracoles.

Lo segundo, el consumo de la plata en la industria, pondrá de relieve hasta qué punto ha influido e influye ese metal en las satisfacciones de la vida diaria, en nuestra salud, en nuestro recreo, y nos enseñará a apreciar mejor el don magnífico que hemos recibido de Dios y de la Naturaleza cuando nos proveyó de ese metal, que, dos generaciones atrás, conservaba intacto el magnetismo que ejerció sobre los hombres, desde el Génesis.

II

El romance chileno de la plata

En Chile se conoció el oro mucho antes que la plata, y es probable que nuestros aborígenes, que, según algu-

nos cronistas, pagaban al Imperio de los Incas un tributo de catorce quintales de oro al año, no ignorasen la existencia, pero sí el uso del metal blanco. Según el padre Diego de Rosales, que escribió su historia a mediados del siglo XVII, entre los indios pehuenches estimaban más el hierro que la plata, «porque no se les resquebraxa».

La entrega del tributo de oro se hacía, según cuentan esos cronistas, una vez al año, con cierta solemnidad; en canastos de caña cuidadosamente tejida, se colocaban los panes de oro y se marcaban en forma de seno de mujer, para distinguirlos de los que provenían de otras regiones. Cada uno de estos canastos, cubierto con las armas del Inca, era llevado en hombros por cuatro indios y resguardado por cuatrocientos flecheros. A su paso por pueblos y caseríos, la procesión del tributo de oro era festejada con gran júbilo y algazara.

Ningún cronista de los primeros tiempos de la Conquista habla de tributos de plata. La joyería araucana que admiramos hoy, comenzó a trabajarse en el siglo XVIII, después que el Parlamento de Lonquilmo, de 1784, autorizó a los indígenas para comerciar libremente, y éstos empezaron a recibir plata de los españoles en pago de productos. La industria de la platería araucana tiene, según parece, sólo siglo y medio de existencia y es, por lo tanto, relativamente moderna.

Hasta fines del siglo XVII no se trabajaron minas de plata en Chile, aun cuando el acta del Cabildo de Santiago del 5 de Agosto de 1550, dice que un tal

Antonio Núñez fué nombrado para regir y gobernar «las minas de plata que se han descubiertas».

Allá por el año 1692 vino a descubrirse en el Cañón de Maipo la mina de San Pedro Nolasco, la primera de importancia en la producción de plata en Chile.

La explotación de una mina era, en aquellos tiempos, una faena complicadísima. Aparte de la falta de herramientas y de conocimientos, tropezábase con estorbos mentales, hijos de la superstición. El mismo padre Diego de Rosales dice en su pintoresca y vivaz Historia que ⁽¹⁾ «lo que haze más horribles y espantosas las minas, es que muchas veces se encuentran con fantasmas y terribles estantiguas de demonios subterráneos...» «Tal fué—agrega—aquel maligno espíritu llamado Anebergio, que en Alemania, en una rica mina de plata, apareciéndose en forma de caballo, mató, en un bufido, más de doze hombres que trabajaban en sacar metal, por lo cual cessó su labor».

Aparte de la extracción difícil y costosa del mineral, la refinación, por el único procedimiento conocido entonces, de la amalgama con azogue, era caro e incierto porque debía traerse de las minas de Huancavélica en el Perú, o de Almadén (la célebre y antigua mina española de azogues situada en la diócesis de Toledo, descubierta en la época de la dominación romana) y pagarse, cuando llegaba a conseguirse, a ciento veinticinco pesos de la época, el quintal, aun cuando oficialmente se

(1) Se ha respetado la ortografía original.

anunciaba el precio de ochenta y cuatro pesos y tres reales. No es, pues, sólo en nuestro tiempo que ocurren diferencias apreciables entre las cotizaciones oficiales y el costo en el mercado.

En cambio, la explotación y producción de oro no ofrecía dificultad alguna. Cuando don Diego de Almagro llegó a Chile en 1535, encontró en plena actividad, aunque pobrísimos en rendimiento, los lavaderos de oro, y cinco años después, cuando don Pedro de Valdivia le siguió con mayor fortuna y perseverancia en la empresa de conquistar un Reino, encontró los lavaderos de oro de Marga-Marga, que daban—según el padre Rosales—tanto oro «que se pesaba con romana», y puso en ellos trabajo, confiándole la dirección a los mineros españoles Herrera y Delgado. Oigamos al cronista Oviedo relatar el procedimiento de explotación:

«Ponen ciertos indios a cavar la tierra en la mina
« dentro, y aquello llaman escopetear (que es lo mismo
« que cavar); e de la tierra cavada hincen bateas de
« tierra, e otros indios toman aquellas bateas con la
« tierra y llevándolas al agua, en la cual están asenta-
« dos las indias e indios lavadores; é vacían aquellas
« bateas que trujeron, en otras mayores que tienen los
« que lavan en las manos, e los acarreadores vuelven
« para más tierra, en tanto que los lavadores lavan
« aquellas que primero se les trujo».

Compárese este sencillo procedimiento para producir

oro, que poco ha variado cuatro siglos después en el año de gracia de 1934 en que vivimos, con el difícil, pavoroso y carísimo procedimiento para extraer la plata, y se comprenderá por qué Chile tardó casi dos siglos en comenzar una explotación regular de plata en los ricos yacimientos de este mineral, descubiertos los más en pleno siglo XIX.

Permítaseme de paso recordar que, según don Alberto Herrmann, en Marga-Marga, un individuo obtenía como valor de su trabajo, en tiempos de don Pedro de Valdivia, 0.62 centavos de 48 peniques por día, o lo que es lo mismo casi 10 pesos de 3 peniques, más o menos lo que pueden aspirar a obtener como término medio los que trabajan en los lavaderos de oro de nuestra época.

En las minas de plata ricamente fabulosas de Potosí, descubiertas en 1545, había que calcinar, primero; moler, en seguida, en un trapiche; pasar el polvo por un cedazo de alambre, ponerlo en un cuero de animal, hacer una pasta con agua, mezclarla con cierta cantidad de sal y de azogue, trillar en seguida con caballares dos veces al día, durante una semana, para que la plata se amalgamase con el azogue. Y venía, en seguida, la operación de colocar la amalgama en una maritata; canal de ocho a diez metros de largo, y unos cincuenta centímetros de ancho, con el fondo cubierto con pellejos de carnero, por el cual se hacía pasar una corriente de agua, que se llevaba el polvo metalífero y dejaba la amalgama de plata y azogue libre de impurezas. Por

fin, era necesario meter la amalgama en bolsas de lienzo para estrujar el azogue y ponerla, en seguida, al fuego para evaporar el ingrediente.

Nada tiene de extraño que tan engorroso proceso invirtiese en Chile el orden establecido en la mineralogía, y que el metal escaso fuese, hasta el siglo XVIII, la plata y el abundante, el oro; y que desde la Conquista hasta el año 1800 se produjesen, según cálculos basados en el impuesto del quinto real, 199,000 kilos de oro ⁽¹⁾ y sólo 200.500 kilos de plata ⁽²⁾ la mayor parte producidos en los últimos diecinueve años de ese siglo (entre 1781 y 1800)—y el resto entre 1721 y 1780). En el siglo XVII calcula el Dr. Soetbeer en 500 kilos la plata producida, y en el siglo XVI no se produjo ni una mala onza, si hemos de atenernos a deducciones basadas en el pago del impuesto de los quintos reales, aun cuando es probable que entonces, como ahora y como siempre, no faltasen quienes aguzasen el ingenio para no pagar ese impuesto, instituido por una Ordenanza Real sobre todos los vecinos y moradores de las Indias «que cogieren o sacaren, en cualquier provincia o parte de ella, oro, plata, plomo, estaño, asogue (sic) hierro u otro cualquier metal». Debían pagarle al Monarca «la quinta parte de lo que cogieren ó sacaren neto», aparte de otros impuestos creados después, entre los cuales cabe mencionar los que se denomi-

(1) Cálculo del Dr. Soetbeer de Goettingen, que don Alberto Herrmann cita en su obra: «La producción de oro, plata y cobre en Chile».

(2) Cálculo del Dr. Soetbeer y de don Alberto Herrmann.

naban de «quilca y avería», destinados a hacer frente a los gastos de Tesorería.

En el siglo XIX, de 1800 a 1900, la producción de oro aumenta en 28% en Chile, pues de 92.000 kilos del siglo XVIII pasa a 122.792 kilos en el siguiente; pero la producción de la plata crece fuera de toda proporción con el oro. De los 200.000 kilos del siglo XVIII pasa a 7.565.709 kilos en el siglo XIX. Los descubrimientos de minerales de plata fabulosamente ricos, y el perfeccionamiento constante de los métodos de extracción y refinación le dan a la minería de plata un vuelo no soñado. La producción de plata decae gradualmente en el siglo XX en que estamos, mientras la producción de oro toma un vuelo inesperado desde 1932 para adelante.

En efecto, en los treinta y tres años corridos del siglo XX llevamos una producción de plata que en total alcanza a 1.204.777 kilos, lo que daría para todo el siglo XX 3.612.000 kilos, si se mantuviese en los años que restan en el mismo nivel, lo que no parece ser el curso de los acontecimientos, ya que en los últimos tres años ha decaído a menos de la tercera parte. En conjunto, de 1930 a 1933 no hemos alcanzado a igualar la producción del solo año de 1930. En cambio, llevamos en el primer tercio de este siglo una producción de oro que llega a 35.025 kilos, y precisamente, en los últimos tres años, mientras la producción anual de plata disminuye a menos de la tercera parte, la producción de oro en 1933 aumenta en 700% con re-

lación a 1930. La relación de la producción de plata y oro en 1933 es de 1 a 2 aproximadamente.

A la vuelta de cuatro siglos, en el año de gracia de 1934, nos encontramos, pues, como en los tiempos de don Pedro de Valdivia, con los lavaderos de oro en plena actividad y las minas de plata esperando que llegue, como en el siglo XVII, no el azogue de Huancavélica o de Almadén, sino el espíritu y aliento del Presidente Roosevelt, que bien pudiera compararse con el azogue por su maravillosa propiedad para amalgamarse con todo lo que prometa resurgimiento y revalorización de la plata.

No somos, pues, ahora productores de plata, pero lo fuimos en grande escala en el siglo pasado. Llegamos en 1873, el año crítico que marca el comienzo de la decadencia de la plata, a producir 15.475% de la producción mundial, y ocupamos, por lo tanto, el tercer lugar entre los productores del mundo. Incluyendo Caracoles, produjimos en 1874, 305.622 kilogramos de plata y, según Paul Leroy Beaulieu, la producción mundial fué ese año de 1.974.967 kilogramos.

El siglo XIX es el siglo de plata de la historia de Chile. Al expirar el siglo XVIII ya se descubren algunas minas de cierta importancia: Chancoquín, cerca de Copiapó en 1770; Zapallar y Pampa Larga, en 1773; Checo en 1784. Son los primeros rayos del amanecer de la plata. Camilo Henríquez, en el número de «Aurora de Chile» del 14 de Mayo de 1812, publica un artículo que intitula «Scenia decora alta futuris», dando

noticia de haberse descubierto en el Partido de Guasco (sic) «en el cerro nombrado de Agua Amarga» ochenta y seis «betas» (sic), con leyes que detalla prolijamente. Poco más de dos semanas después el mismo Fraile de la Buena Muerte anuncia en el N.º 17 de «Aurora de Chile» (4 de Junio de 1812) que a catorce leguas de Santiago se han hallado varias masas de plata «masiza» (sic) «cubiertas de una película negra, de peso unas de cincuenta (sic) y otras de sesenta marcos». Es el llamado «papal de Rungue», porque un tal Martín Vega, arando, encontró trozos redondos de cloruro de plata, que a poco andar se agotaron. La afluencia de interesados fué, sin embargo, tan grande que alcanzaron a concederse 22 estacas, en su mayoría estériles.

El Fraile se inspira con el descubrimiento, y, contigua a la noticia, publica esta oda:

«Ya todo se reúne
a engrandecer la patria,
a sostener su esfuerzo
su vuelo y miras altas.
Copiapó, Guasco y Rungue
le presentan la plata
y en Pelvín se halla el hierro
para forjar sus armas.
Hay juventud valiente
Hay patriótica llama
Hay honor, hay ingenio,

Hay deseo de fama
Y sangre antigua y limpia
que será derramada
si la Patria lo exige
y su junta lo manda.»

Tanto entusiasmo despiertan en Camilo Henríquez los descubrimientos de plata que lanza en «La Aurora de Chile» la idea de establecer un «Banco de Rescate de Pastas de Plata en la Villa de Guasco». Carrera, hombre dinámico y progresista, acoge la idea del fraile de la Buena Muerte y con fecha 13 de julio de 1812 manda fundar el Banco, le señala un capital de \$ 25.000 y nombra administrador a don Manuel Antonio Luxan.

«Todas las platas»—dice el reglamento—«que compra el administrador serán pagadas en dinero efectivo de contado sobre tabla al precio de \$ 7.00 marco después de refogada la piña a su satisfacción». Tenemos, pues, que en 1812, el primer banco ideado en Chile se basa sobre compra de pastas y remesas de barras de plata.

Los descubrimientos van a sucederse con rapidez vertiginosa en los veinte años siguientes: el 10 de agosto de 1825, Arqueros, el riquísimo mineral con que un tal Pedro Cuellar topa casualmente y da lugar a ruidosos pleitos, en uno de los cuales informa don Manuel José Gandarillas, que sólo tenía un ojo, diciendo: «este es mi dictamen, y si hay abogado que anule la donación por uno u otro aspecto, le permito que me sa-

que el ojo». En 1827, Ladrillos; en 1829 «San Antonio» y en 1832 el más rico y afamado de todos «Chañarcillo» con su «Manto de Ossa» y su «Manto de Mandiola» de los cuales brotaron grandes fortunas chilenas. Conocida y vulgarizada como está la historia del descubrimiento de este famoso mineral de plata, no me detendré a describirlo.

Casi un mes después que Juan Godoy había descubierto, el 16 de Mayo de 1832, este rico mineral, el Mercurio de Valparaíso del 12 de junio de 1832, decía: «A los seis días del descubrimiento se elaboraban 14 vetas y muchas de ellas en barra». De sólo estas se habían extraído más de 6.000 marcos.

Cuan exacta es, hasta hoy, la frase de Jotabeche cuando describía el descubrimiento de Chañarcillo diciendo en un pasaje: «Excelente asunto para un sermón de cuaresma en que el orador se propusiese pintar lo perecedero de los bienes terrestres y traer a colación, sin necesidad de recurrir a parábolas, no sólo uno sino muchos hijos pródigos».

La época de mayor auge de Chañarcillo fué de 1843 para adelante. Se descubren entonces otras minas de plata de notable importancia: «Romero», viejo asiento mineral que en 1837 cobra nueva vida; «Cabeza de Vaca», contigua al «Retamo», que atrae por la cantidad de plata nativa que entrega a sus felices poseedores; en 1846 y en 1847 «Lomas Bayas», que da minerales de plata con ley de oro; «Tres Puntas» en 1848; «Los Bolds» en 1860.

Empero, el más extraño y novelesco de estos descubrimientos es, seguramente, el de «Tres Puntas», conocido más tarde con los nombres de «Buena Esperanza» y «Al Fin Hallada», nombre este último que le venía maravillosamente porque se buscaba en vano desde fines del siglo XVIII el rico mineral que un burrero, Fermín Guerra, había descubierto y revelado en artículo de muerte al cura de Copiapó, don Nicolás Prieto. Don Carlos María Sayago relata el episodio en su notable y pintoresca historia de Copiapó.

El cura Prieto, allá a fines del siglo XVIII (1792), según Vicuña Mac-Kenna, y antes de 1787, según Sayago, recibió de Fermín Guerra, moribundo, su confesión y estampó la parte relativa al descubrimiento en un «derrotero» que se conocía en Copiapó, pero que por lo remoto nadie había intentado seguir en una región tan inhospitalaria. El burrero le había dicho al cura que después de andar doce leguas por la quebrada de Paipote, se tomaba por un cajón que en la entrada tenía dos algarrobos muy gruesos y se seguía hasta un portezuelo con muchos cardones. Al otro lado del portezuelo se encontraría una aguada con un chepical muy grande. Debía andar en seguida por un llano que tenía mucha varilla hasta llegar a unas piedras muy grandes y torciendo a la derecha, se encontrarían unas lomas de arena desde las cuales se descubriría, mirando hacia el mar, un cordón de cerros en los cuales había tres portezuelos que se veían desde muy lejos. En el portezuelo de la izquierda se encontraría una veta y siguiéndola hacia la dere-

cha se hallaría una picada de una vara de hondura y, poco más allá, un crestón de plomería en el cual había una cruz hecha a cuchillo. Concluye diciendo: «Luego que encuentres esta riqueza mandarás decir una misa cantada todos los viernes del año por el alma del descubridor, Fermín Guerra, pagándosela al cura Prieto a razón de veinte pesos cada una, quién hará la limosna de echar a lo último un responso. Y te advierto que si no lo haces así, te irá mal».

Agrega el derrotero que Fermín Guerra había descubierto la veta por haberse perdido en un viaje de Chañaral y Pueblo Hundido y había traído de allí varias piedras que le había mostrado al cura y servirían para su entierro. Terminaba el documento con esta frase: «Al pié del portezuelo del mediodía hay una buena aguada donde es muy fácil cazar huanacos y burros chúcaros».

Don José Joaquín Vallejos, aquél célebre escritor satírico que las letras chilenas conocen por el nombre de «Jotabeche» publicó este derrotero en febrero de 1842, en un artículo intitulado: «El Derrotero de la Veta de los Tres Portezuelos», y lo que es más interesante, lo siguió descubriendo, uno tras otro, todos los puntos de referencia indicados por Fermín Guerra: los Algarrobos, el portezuelo en los cordones, el chepical, el llano con la varilla, las piedras grandes y muy cerca el zanjón que debía seguirse rumbo a la derecha. El cansancio, el temor de verse privado de víveres en aquél páramo, en un viaje que duraba más de lo que se había

imaginado, le hizo abandonar la empresa al cuarto día, cuando en vez del mar que esperaba divisar desde las lomas sólo vió un inmenso horizonte de arena en el cual notó «cierta sombra o mancha que pegada a la tierra ofrecía un color más obscuro que el del cielo, lo cual si no era el cordón de cerro de los tres portezuelos, debía formar uno de los linderos del infierno».

Seis años más tarde, en 1848, otros exploradores—don Apolinario Soto, Guerra González, los dos Garín y un tal Osorio, descubrieron lo que Jotabeche no logró alcanzar, pero se encontraron con un tal Mateo Pérez (alias «Cabeza Larga»), otro individuo de apellido Martínez. y un indio, Juan Alcota, ya sobre el terreno.

Osorio, arriero que viajaba constantemente por el mismo camino que Fermín Guerra recorría en el siglo anterior, había encontrado aquella riqueza. Varias libaciones en la noche del 18 de septiembre de 1848, en una taberna del barrio de la Chimba de Copiapó, le despertaron cierta locuacidad; le comunica su secreto a una mujer que a su turno lo hace llegar a oídos de Soto, los Garín y un tal Guerra González que nada tenía que ver con el indio de 70 años antes. También lo saben Mateo Pérez y los otros, y se precipitan al desierto a ganar la partida. Felizmente, la riqueza era tal, que todos pudieron saciar su sed de fortuna.

Sin hombres esforzados del temple de Juan Godoy, del «Manco Moreno», y de otros más de envergadura intelectual como don José Santos Ossa, nacido en Huas-

co, que desde niño oía embelesado hablar de minas riquísimas a los indios changos y a su amigo, aquel don Diego de Almeida que a los 73 años de edad le servía de guía al sabio Philippi en su viaje al Desierto de Atacama, relatado en su notable libro publicado en 1860, todas estas riquezas habrían seguido ocultas a los ojos de los mortales. Con justísima razón le asigna Vicuña Mac-Kenna a los cateadores del desierto un sitio de honor en su romántico y erudito «Libro de la Plata» y entre ellos uno predilecto al guía de Philippi, a quien apodaban «el loco Almeida» por sus genialidades y su audacia. Fué, dice, uno de esos «locos» que canta Beranger en aquellas estrofas:

«Qui decouvrit un nouveau monde?
Un fou qu'on raillait en tout lieu.
Sur la croix que son sang inonde.
Un fou qui meurt nous legue un Dieu.

Si demain, oubliant d'eclorre
Le jour manquait eh bien! demain
Quelque fou trouverait encore
Un flambeau pour le genre humain».

Herederos espirituales de aquel indio Diego Gualca, que persiguiendo una llama descubre Potosí en 1545; de aquél pastor Huari Capca, que en 1630 descubre la riqueza de Pasco; de Juan Nahuel Paqui Lobo, que en 1744 descubrió Cachiyuyo de oro, en explotación hoy

día; de José Pati Licuime el descubridor de Agua Amarga en 1811, y de tantos otros, los cateadores del desierto, robustos de cuerpo, recios de espíritu, indiferentes al frío y al calor, al hambre y a la sed, oían referir secretos de derroteros de labios de un moribundo o en medio de una orgía, como quien oye un oráculo, y recorrían quebradas y serranías, precipicios y crestas de montañas, ya calcinándose en los rayos ardientes del sol, reverberando sobre la arena infinita, ya quemándose con las rachas heladas de la cordillera, en busca del indicio de la piedra blanca, de la cresta gris, del portezuelo extraño, del árbol solitario, del asomo de una vegetación raquítica, retoño degenerado de otra edad menos estéril, del agua verde, negra o amarilla; y casi siempre volvían con las manos y los estómagos vacíos, pero con el fulgor del iluminado en la mirada, prontos a recomenzar la jornada y a sufrir toda suerte de privaciones para alcanzar la riqueza, hacerse, como esperaban, de fabulosos millones y llegar de regreso a Copiapó a tirarlos por la ventana con una prodigalidad que desmentía con hechos rotundos e inmediatos que fuese a la avaricia que habían sacrificado su comodidad, y, ¡cuántas veces!, su vida.

Una mazamorra de harina tostada, con grasa y sal, cocida al calor de una fogata de estiércol de mula cuando se llegaba a una aguada, a veces después de un día de camino, un poco de charqui con cebollas, un poco de yerba mate, unas galletas y nueces e higos secos, he ahí el alimento. Una manta sobre la arena y la montura a

guisa de almohada, era la cama, y sobre ella solían pasearse las vinchucas y otros bichos, buscando también su bocado. El cielo raso, o cuando más las ramas de un árbol raquíptico era todo el aposento y, para llevar las provisiones y el equipo, odres de cuero de ovejas, calabazas y vasijas de barro.

Con razón dice Vicuña Mac-Kenna en su «Libro de la Plata», que el «cateador necesita ser tan frugal como los santos y haber sido forjado de hierro en el molde de los soldados antiguos».

Casi sin excepción los cateadores y descubridores de las más ricas minas de plata de Chile, murieron en la pobreza, porque como decía una estrofa de aquel Canto del Minero, que publicó «El Minero de Freirina», en 1863:

« . . . y cuando a la fonda bajo
con mi bolsa y mi cule ro
«Aquí está—digo—el minero
¿no hay alguien con quien gastar?
y a la niña
cariñosa
si es hermosa
doy mi amor
y sereno
de pesetas
dejo lleno
el mostrador »

No circunscribían sus correrías al territorio de Chile. En la edad de plata de Copiapó, la que es hoy provincia de Antofagasta, no era, por lo menos jurídicamente, chilena, aunque lo era por el trabajo y la inteligencia de nuestros compatriotas, y allá llegaron cinco cateadores chilenos a descubrir el 24 de Marzo de 1870, el celebérrimo mineral de plata de Caracoles. Eran José Ramón Méndez, más conocido por el apodo de «Cangalla», un guía Saavedra, un peón Reyes, un criador de gallinas de Petorca llamado José Porras, y un arriero de Limache de apellido Sagredo, enviados allí por don José Díaz Gana, a quién un indio, «Garabito», había dado un derrotero vago y equivocado, pero útil, porque gracias a él se hizo el descubrimiento. En once años que duró el auge de Caracoles, de 1870 a 1881, produjo 1.043.039 kilos de plata ⁽¹⁾.

Uno de los primeros en llegar a Caracoles, después del descubrimiento, fué don José Victorino Lastarria, que escribió desde allí en Octubre de 1871 sus «Cartas descriptivas del Mineral de Caracoles», dirigidas a don Tomás Frías, Ministro de Hacienda de Bolivia.

Imposible sería enumerar en el curso de una conferencia, todas las minas de plata que se descubrieron en Chile en el curso del siglo XIX. Si a las ya mencionadas agrego la «Arturo Prat», descubierta en 1881 cerca de Paposo, y la muy antigua de «Huantajaya», que con la anexión de Tarapacá quedó bajo la sobera-

(1) Datos compilados por don Alberto Herrmann, pág. 41 de su obra «La Producción en Chile de los metales y minerales más importantes».

nia nacional, me imagino haber hecho desfilar ante mis oyentes, todos los centros que han dejado huellas en los anales chilenos de la plata.

De estos centros, principalmente, salió en el curso del siglo XIX la suma respetable de 300.000.000 de pesos oro de 48 d., que representa hoy, más o menos, 10.000.000.000 de nuestros depreciados pesos.

El interés creciente que despierta en el mundo el problema de la revalorización de la plata, permite hacerse la ilusión de un resurgimiento nacional en la minería de este metal precioso que, acaso, pueda darnos en lo que resta del siglo XX, algunas de las satisfacciones que hace cien años no presintieron los heroicos y afortunados cateadores del desierto de Atacama.

III

Los grandes consumidores del metal

En todos los tiempos se ha empleado la plata en otros usos que el de simple unidad monetaria. Joyas de plata labrada de la época de la XVIII^a Dinastía Egipcia—1450 a 1350 años antes de Jesucristo—entre los cuales encontramos anillos, coronas, broches con jaspar y ámbar, se exhiben en los museos de Cairo y Europa. Nunca ha faltado a través de los siglos algún objeto de plata formando parte del tesoro de los magnates, ya sea como collares y broches, ya sea en forma de vajilla y de utensilios domésticos. La más vieja cucha-

ra de plata que se conoce es una encontrada en Sevington, Wiltshire, Inglaterra, del año 806 de la Era Cristiana. En compañía de un tenedor y de algunas monedas, puede admirarse en el Museo Británico.

Las cucharas de plata fueron durante varios siglos, no tanto utensilios domésticos como objetos conmemorativos. A mediados del siglo XV comenzaron a tener fama entre los pudientes las cucharas de plata, que llamaban de los Apóstoles, porque llevaban los nombres de aquellos santos. Las hubo también con nombres de personajes bíblicos o históricos como el Rey David, Judas Macabeo, Josué, Alejandro el Grande, Carlomagno, Julio César y otros. Era costumbre que al bautizarse un recién nacido, se le obsequiase una cuchara de plata del apóstol o personaje cuyo nombre se le daba.

En los tesoros de los Monarcas han figurado siempre fuentes, platos, ánforas, piezas de adorno, marcos, tinteros, vajillas de plata y otro tanto, aunque en menor escala, puede verse en las viejas familias de Europa, del Asia y de la América.

En Chile, aunque algo dispersados ya y en cantidades modestas si se les compara con los objetos que guardan las familias pudientes en Europa y en Asia, hubo en un tiempo cajuelas, estribos, espuelas y aun lámparas de plata, sin considerar los tesoros sagrados de algunos conventos e iglesias en donde todavía pueden admirarse verdaderas joyas del arte de la platería.

Empero, todo este consumo de plata en joyas y ob-

jetos de uso doméstico es pequeño en la gran masa de producción de plata de nuestra época. La producción mundial de plata de 1932, ya muy reducida por efectos de la crisis mundial, alcanzó a 160.000.000 de onzas con las cuales seguramente podrían fabricarse, si reviviesen los geniales plateros de otros siglos, muchos de los tesoros de este metal que la humanidad ha guardado, no tanto por su valor intrínseco como por su inapreciable valor artístico. En cambio, el consumo de plata en usos industriales, crece día a día. Lo ha fomentado la baja del precio.

Algunas de las propiedades de la plata son inapreciables en la industria química. Esa misma propiedad de no corroerse con los ácidos orgánicos que en presencia del aire atacan los metales no preciosos, que llevó a las gentes en la antigüedad a fabricar ollas, tinteros, cucharas, y útiles de cocina de ese material, es la que ha inspirado la idea de emplearlo en todos los procesos industriales en que operan los ácidos orgánicos como, por ejemplo, para hervir cuajos de limón o pulpa de manzana, en todo proceso en que intervenga el vinagre, y en la condensación y liquefacción del ácido acético. Su propiedad de no corroerse con el oxígeno a altas temperaturas, es uno de los atractivos que tiene para su empleo en la industria y como es maleable y ductil, puede usarse como forro delgadísimo sin grandes desembolsos.

Por lo demás, después de quedar inutilizado o anticuado el aparato en que se le emplea, conserva la plata

mayor valor que cualquier otro material. Su depreciación industrial es, en consecuencia, tan baja, que casi no cabe considerarla.

En la fabricación de productos químicos de superior y finísima calidad y de aceites esenciales, se usa la plata para palanganas, en los alambiques, condensadores, llaves, válvulas y autoclaves.

Es inapreciable este material en la fabricación de la cerveza para los tubos de pasteurización. En la industria eléctrica no tiene rival para fusibles y contactos en ciertos y determinados casos.

Empero, todos estos empleos, importantes como son, resultan insignificantes al lado de la magnífica contribución de la plata a una industria que aporta uno de los mayores agrados de la vida moderna. Me refiero a su empleo en la fotografía y en la cinematografía. La capa que cubre la hoja de celuloide con una gelatina impregnada de partículas de sales de plata consume cantidades que la Europa no estaría en situación de abastecer no contando con una sola mina de plata después de la de Laurium en Grecia, trabajada ya por más de 2,400 años y que hoy sólo entrega plomo, manganeso y cadmio, como expresé en mi conferencia de ayer.

Sólo un establecimiento—el Eastman Kodak de los Estados Unidos de América—consume 200 toneladas de plata al año. Y es interesante anotar que en esta fabricación se requiere plata refinada por electrolisis con la ley mínima de 99.95% a 99.99%.

Se calcula que la cinematografía por sí sola exige

660.000.000 de metros de película por año y que en cada 300 metros hay una onza de plata que desaparece totalmente. En la cinematografía y en la fotografía a la inversa de lo que ocurre con el empleo de la plata en otras industrias, la depreciación es completa. Se esfuma como el agua que se convierte en vapor y se esparce en el aire. En la séptima parte de la producción mundial de plata, he visto calculada la cantidad que hoy se substraerá definitivamente por este capítulo de las reservas de plata del mundo. A medida que se multipliquen las máquinas fotográficas y los cinemas y que crezca la industria química y la eléctrica, irán consumiéndose sin esperanza de retorno, mayores cantidades de plata a menos que se invente algún proceso químico que la recupere destruyendo el negativo en que está depositada.

IV

El Problema Monetario Contemporáneo y el Rol de la Plata

El concepto de moneda, como todas las creaciones humanas, ha sufrido transformaciones con el transcurso del tiempo y estas se han acelerado con la multiplicación de los canales en que corren cada vez con más prisa y mayor caudal, las aguas del comercio humano. La moneda de valor metálico intrínseco ha desaparecido de la circulación porque materialmente no puede llevarse de un lado para otro, sin gran sacrificio y costo, para

llenar la función diaria de medida y compensación de otros valores, y ha sido substituída por los billetes que representan un valor en manos del Estado o de instituciones que se llaman Bancos Centrales, o por cheques girados por individuos que tienen fondos depositados en un Banco, que, a su turno, representan un valor intrínseco que, en último término, reposa o en el Estado o en los Bancos Centrales. La moneda ha pasado, pues, a ser un signo, una ficción de contabilidad que reposa fundamentalmente sobre la confianza que inspira. No es un fenómeno moderno. Hemos visto ayer que en la China circularon por siglos los pesos mexicanos de plata porque inspiraban más confianza en su ley de fino que las monedas acuñadas allí después de 1890.

Aun cuando se restablezca en una nación determinada el patrón de oro no cabe decir, con propiedad, que su moneda es oro. Cuando más podrá decirse, como se dice hoy día para inspirar confianza en una moneda, que sus reservas de oro son tales o cuales, con lo cual se sugiere que hay buenas y razonables expectativas de conservar un valor intrínseco conservando el billete que representa la unidad monetaria. En otras palabras, prima la confianza y no el valor intrínseco, que ni se ve, ni se palpa, ni se exige, y agregaré que la confianza no se basa ni en la lógica ni en la razón, sino en una multitud de impresiones y reacciones mentales imposibles de clasificar y, por lo tanto, de regular con advertencias, consejos o datos. Tan cierto es esto, que si a un mismo tiempo todos los que poseen billetes se pre-

sentaren a canjearlos por oro, porque han perdido la confianza, el patrón de oro se esfuma como al contacto de una varilla mágica.

La moneda no es ni puede ser en nuestra época una unidad metálica. ¿Qué cosa es entonces? A mi juicio, simplemente, la unidad o ficción legal que se emplea, por ministerio de la ley, para solucionar todas las obligaciones contractuales que se estipulan en dinero. Mientras esas obligaciones se circunscriben a los límites de un país determinado, esa ficción legal, cualquiera que sea el grado de confianza que inspire, llena, materialmente y sin mayores entorpecimientos, su función primordial. No ocurre lo mismo cuando esas obligaciones contractuales tienen un carácter internacional y la unidad monetaria, o ficción legal de un país, entra en conflicto con la unidad monetaria o ficción legal de otro. Se producen entonces entorpecimientos graves, porque en el mejor de los casos ocurre una alteración de las obligaciones contractuales, con beneficios o pérdidas ilícitas y en el peor, una suspensión total de esas obligaciones por tiempo indeterminado, con desquiciamiento del comercio internacional.

El intercambio comercial en el mundo se hace cada día más necesario por la comunión, cada día más estrecha, en que vive la humanidad, gracias a la multiplicación de los medios de comunicación y de transporte. La moneda será, pues, cada día más internacional. La unidad monetaria de un país, por pequeño que sea, no puede serle indiferente a los demás países. Su alteración

tiene forzosamente una influencia, si bien puede no manifestarse en forma violenta e inmediata sobre el comercio con otros países. Tan cierto es esto, que hemos presenciado en los últimos tiempos una verdadera puja de varias naciones por desvalorizar su moneda para competir con los costos de producción de las demás. Debemos, pues, reconocer que la unidad monetaria del porvenir —y ojalá fuese del porvenir inmediato— debe ser universal si queremos que el mundo viva en paz económica, sin la cual no hay paz política.

Esa unidad monetaria universal ha de basarse, para que sea realmente una medida estable de los valores, no en el oro, de producción incierta, escasa, cada día más difícil y precaria, sino en el oro y en la plata, los dos metales preciosos que le han servido a la humanidad desde el Génesis hasta 1873, como signo monetario, en la proporción que indique el volumen de la producción mundial de los artículos más esenciales para el hombre: los que le sirven para su alimentación, para su vestuario, para su vivienda, para su comunicación y para su transporte. Hoy día tenemos anarquía en las unidades monetarias de todos los países, y la anarquía de precios y de salarios trae anarquía en el poder de venta y en el poder de compra. Es la Torre de Babel del mundo moderno: cada pueblo está hablando una lengua monetaria distinta y reina el caos.

Alrededor de la Sociedad de las Naciones o de otra entidad universal tendrá, a mi juicio, que crearse en el futuro el Banco Central del Mundo, que regule el sis-

tema monetario de todas las naciones y permita que todos los pueblos, grandes y pequeños, produzcan y trabajen en la certidumbre que ni su producción ni sus salarios van a quedar a merced de los vaivenes de monedas inestables que bailan fantásticas danzas contorsionistas con hilos invisibles que tiran, a distancias inmensas, individuos y pueblos que todavía creen que le es dado a un mortal enriquecerse con la pobreza de los demás.

El experimento monetario del Presidente Roosevelt es el segundo paso que una gran potencia da en el camino de ajustar las relaciones económicas con los demás pueblos. El primero lo dió Gran Bretaña, abandonando, obligada por las circunstancias, en 1931 su patrón de oro, medida que a su turno obligó a una gran parte del mundo civilizado a seguir sus aguas.

Entre uno y otro paso ocurre un hecho más notable: se reúne en Londres una Conferencia Económica Mundial, en la cual reina la más grande confusión de ideas y la más perfecta disparidad de opiniones en todo orden de materias, menos una: la necesidad de tomar medidas para regular el precio de la plata. Es la única cuestión que logra reunir unanimidad de pareceres. La Conferencia acuerda que el Gobierno de la India, el país que guarda en las insondables faltriqueras de los hindúes, cantidades desconocidas de plata y tiene, por lo tanto, en manos múltiples e incontrolables una palanca poderosa para regular su precio, no venda más de un término medio de 35.000.000 de onzas de plata por año, a más

de la que pueda exportar en pago de deudas de guerra. Resuelve también que la China, la otra incógnita por sus enormes reservas de plata, se comprometa a no vender cantidad alguna de plata desmonetizada. Acuerda, por fin, pedirle a los gobiernos de Australia, Canadá, Estados Unidos de América, México y Perú que no vendan cantidad alguna de plata durante cuatro años y absorban entre ellos 35.000.000 de onzas de su producción minera en cada uno de esos cuatro años.

El Gobierno de la India y el Gobierno Americano han ratificado esos convenios.

Gran Bretaña abrió el camino. El Presidente Roosevelt va más lejos y hace ver que no basta abandonar el patrón de oro. Después de grandes vacilaciones, fruto de los arraigados prejuicios de un poderoso núcleo de economistas ortodoxos y de financistas de alto coturno, se resuelve a abordar de frente la redención de la plata, proscrita de los sistemas monetarios del mundo por actos sucesivos y deliberados de los gobiernos en los últimos sesenta años, y si hemos de creer exactas las informaciones cablegráficas de hace dos días, ha promulgado una ley que le restaura a la plata su carácter de moneda primaria, dándole una proporción de 25% en las reservas metálicas de la nación, que autoriza la compra de plata a razón de \$ 1.29 la onza, hasta completar dicho 25% de reserva y que faculta al Presidente para nacionalizar ese metal e impedir su acaparamiento.

No es la primera vez que el Gobierno americano recurre a las compras de plata para aplacar la resistencia

que un gran sector de la opinión americana opone al patrón de oro. En 1878, una ley que se recuerda con el nombre de «Bland Allison Act», proveyó a la compra anual a precio de mercado, de 24 a 48 millones de dólares plata, y la ley Sherman, de 1890, aumentó esa suma a 54 millones de onzas por año.

A fines del año próximo pasado circulaban en los Estados Unidos de América no menos de 416 millones de pesos de plata y certificados de plata; así como 267 millones en monedas divisionarias de plata.

La medida del Presidente Roosevelt aparece, pues, como una regresión a los tiempos de la Ley Sherman, salvo que no limita el monto y fija convencionalmente el precio.

La relación de acuñación de plata es de Dl. 1.29½ por onza; de manera que el tesoro actual paga 64½ centavos. Obtendrá un beneficio de 100% sobre toda la plata acuñada y puesta en circulación.

La producción de plata en Estados Unidos nunca ha excedido de 75 millones de onzas en un año; y en los años recientes ha sido bastante menos de la mitad de esa cifra. En consecuencia, la mayor cantidad de circulante de plata que habría de acuñarse y emitirse sería alrededor de 100 millones de dólares por año, cantidad insignificante si se la compara con las cifras astronómicas a que ascienden los gastos públicos americanos en estos momentos.

No es, pues, probable que la medida tomada por el Presidente Roosevelt afecte seriamente el precio de la

plata, a menos que la operación de compra se extienda al mercado mundial, en vez de limitarse sólo a la producción americana.

Error de magnitud sería interpretar esta medida como decisiva para la restauración y remonetización de la plata. Ningún país puede por sí sólo, por poderoso que sea, obtener la restauración monetaria de la plata ni aun del oro. Debe mirarse esa medida únicamente como un primer paso constructivo para llegar a la creación de una moneda internacional, que no se base exclusivamente en reservas de oro, sino que tenga, además, a su respaldo una proporción de otro metal que servía de única moneda, en época no lejana, en el mundo entero y que habría continuado llenando su rol, en relación con el oro, si una serie de medidas artificiales no lo hubiesen relegado a la categoría de simple producto mineral.

Para que la plata vuelva a llenar su función de moneda auxiliar, es preciso que medie un acuerdo mundial, que vendrá cuando todos los gobiernos se persuadan que el oro, como base única, es una amenaza constante para la estabilidad de los precios.

En los últimos tres años, de fines de 1930 a fines de 1933, el total de stock de oro del mundo subió de £ 2.354.000.000 (oro a 84 chelines 11½ peniques la onza) a £ 2.740.000.000, o sea, un aumento de £ 386.000.000; lo que da un término medio de £ 128.666.666 por año.

De las £ 2.354.000.000 de 1930 había en los Bancos Centrales y Tesorerías £ 2.271.000.000

y £ 83.000.000 en manos de particulares. A fines del año pasado, de las £ 2.740.000.000, la suma en poder de los Bancos Centrales y Tesorerías alcanzaba a £ 2.479.000.000 y el oro en manos privadas que lo ocultaban había triplicado y llegaba a £ 261.000.000.

Aparte, pues, de una producción que se mantiene estacionaria, y de la incertidumbre de nuevos descubrimientos, esta tendencia psicológica de la humanidad que la lleva a mirar el oro como un fetiche, que hay que esconder, como una varilla mágica que siempre abrirá las puertas en una hora suprema de angustia, convierte al oro en una base cada día más estrecha y movediza para construir sobre ella la pirámide del comercio del mundo. Parece más bien vértice que no base, y que la humanidad estuviese empeñada en mantener el equilibrio monetario desafiando las leyes de la gravedad.

El Profesor Warren—consejero financiero del Presidente Roosevelt—sostiene que los altos precios que prevalecieron desde 1921 hasta 1929, sólo habrían podido mantenerse si se hubiera operado algún cambio fenomenal en la eficiencia del oro para conservarlos a ese nivel. «Los precios en oro—dice—cayeron, en verdad, bajo el nivel anterior a la gran guerra». La actual producción de oro no es suficiente para mantener continuamente los precios de antes de la guerra, aun en el caso de usar el oro con la misma eficiencia de aquella época.

Es necesario conservar la facultad de variar el precio del oro, a fin de asegurarse que su valorización no envuelva una apreciación de la moneda, y provoque una baja en el valor de los productos.

¿Podrá conseguirse sin darle a la plata, su antiguo auxiliar, un rol eficaz en el mecanismo de los ajustes internacionales? El Presidente Roosevelt se lo ha dado ya en el mercado interno americano. Esa es la importancia capital de las medidas tomadas para crear lo que se ha dado en llamar «el dollar del Presidente Roosevelt». Todavía más, ha aceptado, como se ha visto, el pago de las deudas intergubernamentales de los Gobiernos Aliados de la Gran Guerra, en plata metálica. Las deudas de guerra en cuestión representan alrededor de Dls. 270.000.000, y a esa cifra alcanzaría la adquisición de plata por el Gobierno americano si las naciones deudoras se resuelven a pagar esas obligaciones. Hay un núcleo respetable de economistas de reputación mundial que resisten y condenan todo sistema monetario que no esté basado exclusivamente en el oro. Cuando más, algunos de ellos admiten la posibilidad de regularizar la estabilidad del signo monetario aumentando o disminuyendo la emisión de certificados o billetes que representen oro, en mayor o menor proporción, según sea el curso del precio de este metal en relación con los demás productos. En esta admisión hay a mi juicio un reconocimiento implícito de la falta de elasticidad del oro como unidad monetaria. Se busca manera de darle elasticidad mediante la creación de

efectos que en sí mismos carecen de todo valor intrínseco y reposan tan sólo en la confianza. Por esa pendiente es fácil deslizarse hacia la inflación desordenada porque, en verdad, depende más del criterio incierto y falible de los que dirigen la operación, que de la ley de la oferta y la demanda, única que ha operado invariablemente desde que existe la humanidad. Más lógico y seguro parece darle al oro, en su función de respaldo metálico del valor intrínseco de la moneda, su viejo auxiliar la plata en la proporción que corresponda, que puede regularse, ya que la producción de plata es un factor cierto y conocido, que mediante acuerdos mundiales podría reglamentarse a voluntad, agregando a las reservas de oro mayor cantidad de plata mediante una aceleración de su producción cuando aquél tienda a encarecer, disminuyéndola, cuando tienda a depreciarse.

Lo que perturba el problema, es la idea errónea de ligar la nueva idea de simetalismo con la vieja idea de bimetalismo y, sobre todo, con la relación antigua e inmovible de precio entre la plata y el oro, que se señala como una especie de dogma para cualquier convenio mundial en esta materia, cuando, en verdad, lo que se busca es una relación flexible del precio de la plata con el precio del oro, de manera que del ajuste resulte lo que el mundo anhela, esto es, una moneda estable, porque se equilibrará en el fiel de una balanza en la cual un platillo será el oro y el otro la plata.

Vendríamos, así, a volver al «electrum» de las primitivas monedas griegas, a que me refería en mi prime-

ra conferencia, y a los tiempos de Cartago y de Sicilia en los siglos V y IV antes de Jesucristo.

La base monometálica de oro de la unidad monetaria es una de las causas, y no de las menores, de la crisis mundial, porque su provisión insuficiente trajo la deflación, porque no ha permitido los ajustes internacionales de precios sin provocar dificultades monetarias internas en los países regidos por el patrón de oro, y ha estimulado en no poca medida el aislamiento económico que reina y, en fin, porque incita en época de deflación, como acabamos de verlo, a una competencia funesta y malsana para depreciar la moneda, cercenando los ahorros de las gentes a fin de reducir los costos de producción y competir con otras naciones.

Cualquier sistema monetario universal debe reunir, a mi juicio, estas condiciones:

1) No debe agravar los movimientos cíclicos de los negocios;

2) Debe impedir toda reacción de precios por concepto del mayor o menor rendimiento de las minas de oro;

3) Debe suavizar los vaivenes internos de los precios, causados por fenómenos económicos o políticos internos;

4) Debe regirse por un Instituto o Banco internacional mundial, que coordine las necesidades monetarias domésticas de cada país con las exigencias monetarias internacionales; en otras palabras, debe ser dirigido por un núcleo o centro mundial que controle la estabilidad.

Si no se busca una combinación determinada a base de oro y plata para esa unidad monetaria universal, que habrá de venir algún día, no consultaremos ni las costumbres seculares de la humanidad ni los intereses contemporáneos de los dos continentes más grandes del mundo, el uno, el Asia, el de más densa población, y, el otro, la América, el más rico en producción de plata.

No se trata de revalorizar la plata para subirla inmoderadamente de precio, sino, simplemente, de estabilizarla a firme, amarrándola con un vínculo mundial al carro de su viejo consorte, el oro. Un alza desmesurada de la plata que, por lo demás, no se ha operado sino en una proporción casi insignificante con las medidas Americanas, lejos de poner remedio al mal, provocaría en el lejano Oriente—principalmente en la China—una crisis profunda. En efecto, cuando recién se iniciaron las primeras gestiones para revalorizar la plata en los Estados Unidos de América, hubo alarma en la China, porque una rápida valorización habría traído, por una parte, la exportación en grande escala de su numerario y, por otra, habría encarecido considerablemente sus costos de producción. De allí que la Cámara de Comercio de Shanghai, señalase en aquella época en un documento de resonancia que la estabilidad de la plata tendería a mejorar el comercio de la China, pero que un alza artificial en su precio, sin un correspondiente incremento en el precio de los demás productos, disminuiría seriamente sus exportaciones, restringiría su poder comprador y causaría tan serias dificultades finan-

cieras, que acaso la llevasen a repudiar sus contratos y al desastre.

Es un hecho indiscutible que el patrón de plata salvó a la China de las más graves consecuencias de la crisis mundial, ya que el peor aspecto de la depresión fué la caída de los precios internos con relación al oro, al cual las monedas de casi todos los países estaban ligadas cinco años atrás. La China era el único país que mantenía integralmente su patrón de plata y este se desvalorizó, con relación al oro, acaso más que lo que se desvalorizaron los demás productos en relación con el mismo metal. La China vino a sentir la depresión del resto del mundo, cuando su dólar plata comenzó a apreciarse en Diciembre de 1932, con relación al dólar, a la libra, al rupee y al yen, por efecto del abandono del patrón de oro por los Estados Unidos, Inglaterra, la India y el Japón.

Cuando se habla, pues, de revalorizar la plata para darle al Extremo Oriente un mayor poder comprador, no se pretende alzar el precio si no, simplemente, darle a la plata, dentro del precio que actualmente tiene, tales garantías de estabilidad, que permitan restaurarle su poder liberatorio internacional.

El problema de la India es distinto y hay que contemplarlo desde un ángulo opuesto. La plata no es allí unidad monetaria hoy día, y sólo desempeña el papel de fondo de ahorro. Un alza de su precio estimularía a los que la poseen, a realizar sus ahorros, aumentando artificial y transitoriamente, su poder comprador, a cos-

to de una perturbación de hondo y general alcance. Saldrían de la India grandes cantidades de plata que ejercerían una acción deprimente de su precio.

Hay, pues, que aclarar bien el concepto de revalorización y remonetización de la plata: no se trata de darle, con medidas artificiales, un precio superior al que tiene. Se trata únicamente de darle, mediante un acuerdo mundial, el rol de moneda auxiliar y reguladora del oro, tomando medidas que le den, a los que la reciben en cierta proporción, en pago de todo género de obligaciones o productos, la seguridad de recibir algo que no se deprecia y que sirve, con la misma eficiencia que el oro, en la proporción señalada como supremo recurso en un momento de aflicción.

En los últimos cuatro siglos la proporción de la producción mundial de plata, en relación con el oro no ha variado grandemente de más o menos 15 a 1. En el momento actual esa relación ha disminuído todavía más a la de 12, lo cual no ha obstado para que el precio de la plata se mantenga bajo. Si tomamos, por ejemplo, el precio del oro a 126 chelines por onza y el precio de la plata a 18 peniques, encontramos que el precio de esta última, en relación con el oro, es de 84 a 1, aun cuando el hecho positivo es que la relación de producción entre la plata y el oro es sólo de 12 a 1. ¿No prueba esto que hay una situación artificial creada por la proscripción de la plata del sistema monetario tradicional del mundo, que es menester disipar? Es una de las tantas violaciones de la ley de la oferta y la demanda

que han venido cambiando el curso natural de la vida económica.

Hace 232 años, un hombre de genio que la humanidad venera como uno de sus más grandes sabios y matemáticos, Sir Isaac Newton (1642-1723), nombrado por la Reina Ana, Superintendente de la Casa de Moneda del Reino Unido, se veía, como nos vemos hoy, atormentado por este preciso problema de la relación de la plata con el oro para el mantenimiento de la estabilidad de la moneda. Declaraba Newton, entonces, que la plata era la única moneda fija del país (Gran Bretaña) y como tal no podía ser alterada. La demanda de plata para ser exportada había alzado el precio de ese metal hasta siete peniques por onza, con relación al valor nominal de la moneda. El «Lord High Treasurer» Lord Godolphin se alarma y pide a Newton que le informe al respecto. Newton investiga, y el 7 de Julio de 1702, le dice que el oro está aproximadamente a un precio de 10 a 12 peniques más alto en la guinea, que lo que debiera estar y que como esto tiende a deprimir la moneda de plata, se imagina «humildemente»—expresa—que la manera de conservar esta última moneda es bajando el precio del oro en 6,9 ó 12 peniques en la guinea, de manera que el oro quede valiendo en Inglaterra lo mismo que en las naciones vecinas de Europa. Newton, en suma, recomendaba en 1702 para resguardar la moneda, entonces patrón de plata, las mismas medidas que la gran mayoría de las

naciones del mundo han adoptado 232 años después para resguardar su moneda, patrón de oro.

Con penetración maravillosa decía Newton en aquel informe:

«La seguridad e incremento de la moneda depende, « principalmente, de la balanza de comercio, que si está « en contra nuestra, provocará la fundición de la moneda « y su exportación para pagar deudas externas y seguir « el comercio a pesar de las leyes en contrario, y si está « a favor nuestro, esas leyes son inútiles y aun perjudi- « ciales».

¿Sería osado de mi parte terminar estas conferencias, diciendo que es un error pensar que los tiempos de ayer, hoy o de mañana pueden alterar la eterna, inexorable ley de la oferta y la demanda, y que por haberla violado, a través de sesenta años, con medidas artificiales para desmonetizar y desvalorizar la plata, hemos precipitado al mundo en el caos monetario en que hoy se encuentra? ¿Sería exagerado decir que por haber dejado al mundo a merced sólo del oro, hemos condenado a las tres quintas partes de la población del mundo a meter su comercio en el zapato chino de las poquísimas naciones que disponen de reservas en ese metal, y nos hemos sometido a que su encarecimiento fatal, repercuta inevitablemente en la desvalorización de nuestros bienes, llámense éstos propiedades o llámense salarios? ¿Sería insensato que agregase, por fin, que estamos adorando

un falso Dios, porque el oro no es estable, ya que la «estabilidad» no es un concepto absoluto, sino relativo, y debería desterrarse del vocabulario monetario y reemplazarse por el concepto de «equilibrio», que cuadra mejor con la idea básica de evitar inflaciones y deflaciones de precio?

Entrego estas reflexiones a la meditación de todos los que han tenido la paciencia de escucharme, en la esperanza de haber contribuído a despertar algún interés en un problema, acaso el más hondo de todos, en esta anarquía económica, monetaria, social y, por reflejo, política, en que se revuelve la humanidad atormentada.